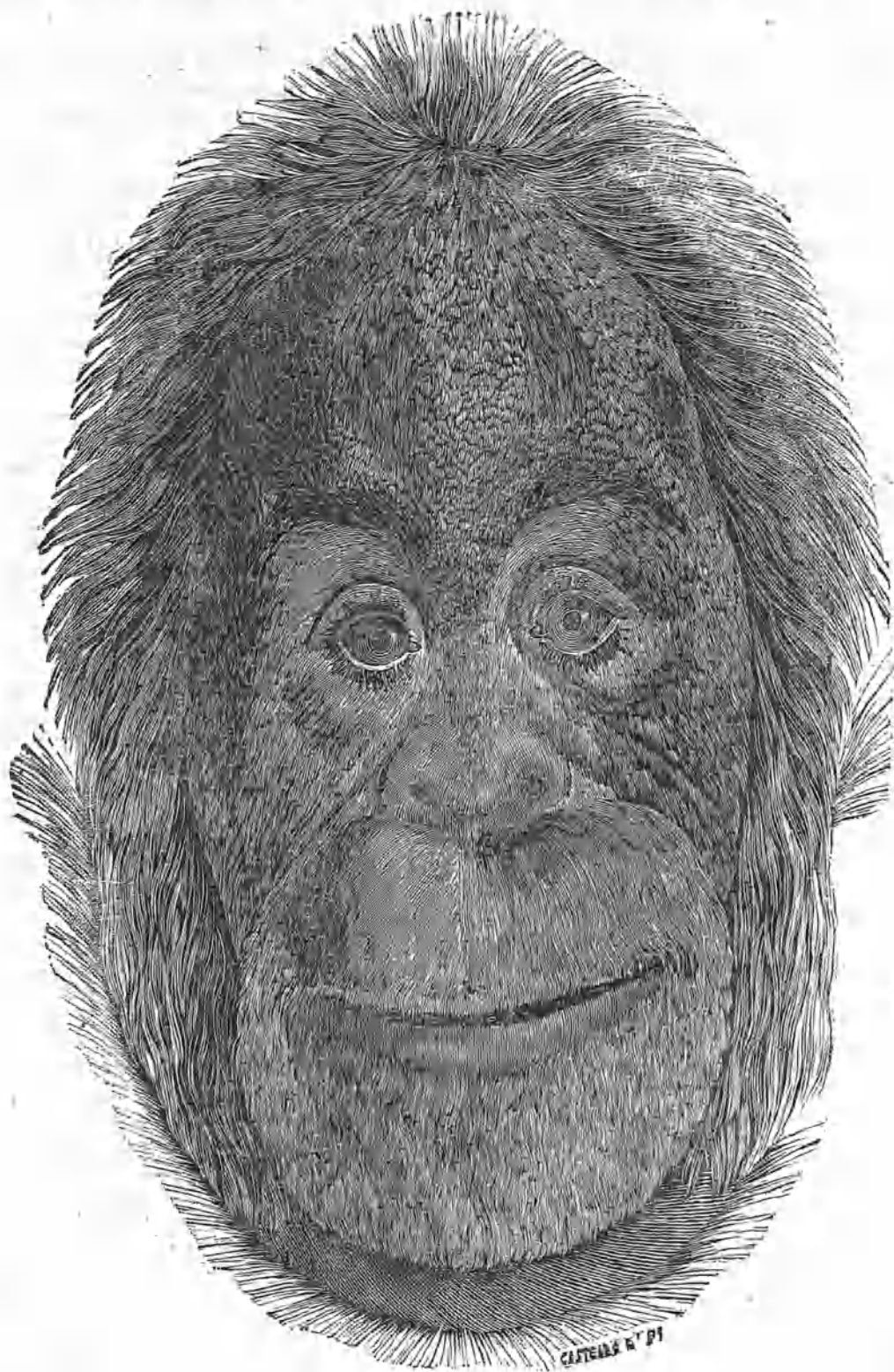


ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.



TOBY.

(Relacion de un viajero inglés.)

El mal estado de la salud de mi esposa en 1825 hizo que el médico la mandase pasar el invierno en Niza, porque la suave temperatura de aquella ciudad, y el aire

ligero de ella, eran á su parecer muy provechosos para la enfermedad de pecho, de que adolecía.

Salimos, pues, para dicho punto, y arrendé una ha-

bitacion con todas las comodidades posibles, inmediata por un lado á unas casas con hermosos jardines, de cuya vista podia disfrutar desde mis ventanas, y separados de ella por sola una pared de unos seis pies de altura.

Mi hija Elisa contaba entonces siete años, y difícilmente pudiera encontrarse una criatura mas hermosa. Rubia, suelta, graciosa en todos sus movimientos, de un carácter vivo pero no petulante, empleaba todo el tiempo que le sobraba de sus estudios en cultivar las flores del jardin. No me cansaba yo de verla con su tuiquilla de color de rosa y su garganta y brazos desnudos, vaciar unas veces su regadera de hoja de lata, y otras adelantarse pasito á paso con la mayor precaucion con la mano estendida para coger alguna dorada mariposa que volaba de repente, y volvía á jirar atolondradamente al derredor de ella, como para burlarse y hacerla rabiar. Este espectáculo me encantaba, y era casi el único recreo de su madre y mío.

Un dia que segun costumbre la observábamos, la vimos como asustada mirando hacia el lado de la pared de nuestro vecino. Habia ido retrocediendo primero, y luego se paró repentinamente á considerar con atencion alguna cosa que nosotros no podíamos ver desde nuestra ventana. Adelantóse luego hacia el objeto, aunque con recelo, y al cabo se acercó decididamente á la tapia, sacando yo el cuerpo de la ventana cuanto pude para asegurarme que no corría peligro alguna. ¡Cual no fue mi sorpresa cuando vi sobre la pared á un mono de unos cuatro pies de alto, que avanzando con la mayor formalidad ramillas de los árboles, flores de capuchinas y varias especies de frutos los iba echando uno á uno á la niña, que los recibia en su delantal!! Mi mujer y tambien yo nos asustamos al pronto; pero hechos cargo de que si asustábamos al animal pudiera hacer algun daño á la niña, resolvimos aguardar á todo evento, aunque yo me armé por si acaso con una pistola.

Cuando el delantal estuvo lleno de flores y frutas, el mono se rascó la cabeza y se puso á mirar al derredor de sí, como para buscar otra clase de juego, y despues de algunos momentos de vacilacion bajó de su tapia y desapareció con mucho sentimiento de Elisa, pero tardó poco en volver. Traía entonces una rama larga de sauce, de cuya estremidad pendia una naranja diestramente atada, y poniéndose en la actitud de un pescador, presentó aquella caña de su invencion á la niña que se afanaba por coger la naranja, y que siempre se veia chasqueado por la destreza con que levantaba el animal la rama en el momento mismo en que la codiciosa niña pensaba tenerla cogida. Este juego duró casi un cuarto de hora. Elisa unas veces se reía, y otras manifestaba un despecho que al parecer divertia mucho al mono, y de cuando en cuando enseñaba los dientes de su rasgada boca, como si él mismo se riera.

Impacientada ya Elisa, fingió que renunciaba á la naranja, y volvió la espalda al animal. Luego, como si le hubiese pesado el haberse antegado á aquel juego, volvió á tomar su regadera, echó agua sobre algunas flores, y no fijó el parecer ya su atencion en su extraordinario compañero, que ensayó mil tretas para conseguir que le mirase y volver á sus juegos anteriores. Elisa se mantuvo firme, y recibió con indiferencia las flores y pedacillos de corteza que le tiraba el mono. Entonces se decidió este, bajó de la tapia por el emparrado, y poniéndose delante de Elisa, la ofreció la naranja que habia ocasionado el enfado. Al principio no estuvo contenta la niña de tener junto á sí á tal compañero, el cual conociendo sin duda la desconfianza que la inspiraba, se echó mansamente á sus pies halagándola, y procurando tranquilizarla. Elisa dejó caer la naranja que habia tomado de

manos del mono, y esta fue la señal de un nuevo juego entre lo dos mas vivo y animado; porque el mono dió un manotón á la naranja que rodó como una pelota; Elisa se la volvió á su vez dando grandes carcajadas, y así prosiguieron, resultando á veces luchar cuerpo á cuerpo, en cuyo caso renunciaba absolutamente el animal á sus fuerzas físicas, dejándose arrastrar por la débil niña.

Cuando mas entretenidos estaban se oyó un silbido en el inmediato jardin, y el animal, semejante al muchacho que oye la campana de la clase cuando está mas embobado en su recreo, se paró de repente, trepó por el emparrado, y desapareció por la tapia.

A la mañana siguiente á la hora en que la niña bajaba comunmente al jardin vi al mono sentado sobre la tapia, y buscando ansiosamente á Elisa con sus vivos y expresivos ojos; y como ya la hubiese mandado que permaneciese con migo, el pobre animal se inquietó, bajó al jardin, anduvo, rejistró, miró á las ventanas, y se iba ya á marchar tristemente, cuando permitió á la niña que se dejara ver y la llamase. Al ruido de la ventana y á la voz que le llamaba se estremeció el mono de alegría, batió las manos, se echó á rodar por el suelo, y manifestó su gozo del modo mas expresivo. Unas veces multiplicaba sus saltos, y otras lo llamaba con la cabeza como pudiese haberlo hecho un niño. Permitted á Elisa que bajase al jardin, y ya no tuvo límites la alegría del mono. La abrazó, la cogió por la mano, y la llevó á un sitio mas cómodo para sus juegos y carreras.

Allí encontró un haro con sus cascabeles de hoja de lata, que al pronto le causó la mayor sorpresa. Le cogió, le hizo sonar, se lo pasó al derredor del cuerpo, y lo tiró lejos de sí para cojerlo y examinarlo otra vez. Elisa tomó el juguete, le puso derecho, le hizo rodar, y corrió tras él. El mono manifestó el mayor contento de verle jirar sonando los cascabeles, y cuando le vió pararse y caer, quiso hacer lo mismo, y se ensayó diferentes veces aunque infructuosamente. Viendo Elisa que no acertaba, le dió una leccion, á la que el animal estuvo mas atento, dejándose poner las manos como era debido al intento. Entonces impelió el haro, y pasaron toda la tarde con aquel nuevo juego.

No pararon aquí las relaciones de amistad del mono y de Elisa. Cada dia le veia venir á mi jardin á la misma hora. Amanada la traía algunos regalillos, haciendo mil gesticulaciones antes de darselos. Así es que un dia de primavera le vi llegar trayendo alguna cosa entre las manos, pero no pude conocer al pronto lo que era por traerla envuelta en anchas hojas de higuera. No bien Elisa le vió, corrió á él y quiso apoderarse de lo que le traía; pero Toby (que este nombre le habia puesto mi hija) apretó entre el pecho lo que le traía, y parecia que se divertia por algunos minutos con la cólera de la niña que pateaba y amenazaba al pobre animal. Al fin estendió las manos á la niña, pero no dejándola quitar las hojas sino una por una... era un nido que habia ido á coger en un árbol muy alto. Es de advertir que el dia antes se habia escapado el canario querido de Elisa, con gran sentimiento suyo, y Toby la quiso consolar de esta pérdida, y reemplazar con otros pájaros al fugitivo.

El criar los pajaritos fue, como debe suponerse, un negocio de la mayor importancia para la niña, á cuyas funciones se prestó Toby con el mayor interes. El tenia el vaso de porcelana en que estaba el pan remojado que le daba Elisa, y cuando esta tenia por oportuno darles tambien algunos insectos, Toby se ponía á coger moscas con una destreza admirable. A veces hacia tal estrago en ellas, que tenia que mandarle que cesase, y le llamaba *placano*, reconvencion que el mono recibia rascándose la pata, y sin hacer caso del golpe en los dedos con que iban sien-

pre acompañadas de reprimendas; pues estaba acostumbrado á los castigos de Elisa, que como todos los niños abusaba del ascendiente que tenía sobre la pobre bestia. Si no obedecía sin detenerse ni equivocarse, ella le reñía, le sacudía, y le dejaba que se aburriese solo en el jardín; pero con razón ó sin ella, siempre era Toby el que daba los primeros pasos para una reconciliación. Por medio de una cuerda que yo había puesto desde mi ventana al jardín se subía, y llamaba á la vidriera hasta que se le abría. Entonces hacía mil gestos á la niña, la presentaba una fruta, la tiraba una flor, en una palabra demostraba tanto afecto y paciencia que conseguía que la desdenosa le volviera á su gracia.

Al principio había repugnado el entrar en la casa, pero poco á poco fue perdiendo el miedo y llegó á ser nuestro convidado diario. Sentábase en la mesa cerca de Elisa; la servía y mudaba el plato levantando cada vez el tenedor y cuchillo; echábase de beber, y permanecía lo restante del tiempo sentado en su silla con la servilleta al cuello, y echando ávidas miradas á ciertos manjares. Si yo hacía ademán de darle de ellos, se agitaba en su asiento, meneaba el plato con desasosiego, y seguía con la vista la porción que se daba á otro comensal. Si fingía haberme olvidado de él, volvía tristemente la cabeza y suspiraba; mas si decía yo al criado: «Para Toby» balbuceaba en su cara la alegría, sacudía su tenedor y cuchara, extendía las manos para coger el plato anhelado, contemplaba por unos momentos con gástrica delicia los bocaditos, y se ponía á comer usando de su tenedor y cuchara como un racional. Al cuchillo era el que tenía una repugnancia invencible; y una cicatriz en uno de sus dedos daba desde luego á entender la causa.

Conocía perfectamente los colores, y bastaba decirle: «Toby, busca tal ó tal cosa azul, encarnada, verde ó amarilla», para que lo hiciese sin equivocarse, distinguiendo además los matices más parecidos, sin confundir por ejemplo el verde oscuro con el azul oscuro, ni el amarillo con el anaranjado. Elisa le ocupaba en mil diligencias: unas veces le enviaba por agujas, otras por el hilo, el dedal y otros objetos que bastaba nombrarlos. Entonces el mono se acercaba al que tenía el objeto, y se lo daba á entender de una manera clara y á veces ingeniosa: examinaba luego el objeto, y no lo tomaba si le faltaba algún requisito; así es que en una ocasión le vi romper con cólera unas malas agujas que le había dado mi mujer espresamente; no se equivocaba entre el hilo, la seda ni el algodón, distinguiéndolos perfectamente. Enhebraba las agujas para Elisa, levantaba las tijeras si esta las dejaba caer, la tenía por un extremo el pedazo de tela que debía cortarse, y era en fin un verdadero aprendiz de una costurera de siete años.

He dicho que Toby tenía tres pies y medio ó cuatro de estatura; su frente era saliente y sin largos pelos, así como lo restante del rostro, excepto las extremidades de las mejillas, en las que se percibía una especie de patillas.

La nariz era chata, y sus ojos indicaban una espresion é inteligencia singulares, guardados de largas pestañas. El acico no era prominente; pero los labios tenían mucha movilidad; pudiendo prolongarlos casi dos pulgadas; y si las orejas hubieran presentado el lóbulo de las de un racional, en nada se hubieran diferenciado de ellas.

El color de la cara era apizarrado, clarándose cada vez más hacia la circunferencia. Tenía cubierto de pelo el cuerpo menos la cara por la parte de delante y de los lados, y el que le cubría la cabeza caía desde atrás hacia la frente del mismo modo que una peluca.

Los dientes se parecían á los de un hombre, con sola la diferencia de que los colmillos eran mayores que

los demás. Andaba casi siempre en dos pies, y si alguna vez hacía uso de los delanteros, cerraba el puño como lo hubiera hecho una persona en tal caso.

El cariño de Toby á Elisa no carecía de celos, y esta circunstancia produjo un día una escena muy graciosa. Habían regalado á mi hija un hermoso gato maltés, á quien inmediatamente se instaló sobre una almohada á los pies de su ama. Cuando Toby entró y reparó en el extranjero, manifestó desde luego evidentes síntomas de aversión para con él, arrastró una silla hacia la ventana, y tomó á la niña de la mano para apartarla del gato. Elisa en vez de complacerle, se obstinó en estar junto al recién venido, y aun le puso en su regazo y empezó á acariciarlo. Toby apesadumbrado, acercó su enorme cara al gato y le estuvo mirando atentamente por tanto tiempo y de un modo tan poco halagüeño, que el gato se asustó; se levantó y enarcó el espinazo, empezando un murmullo que parecía una señal de guerra. Toby retrocedió precipitadamente, y luego volvió á la carga y estendió el brazo; pero exhaló un grito de dolor, porque el gato le dió un zarpazo tan violento, que le corrió la sangre por la mano. Era de ver al pobre animal llorar como un niño, mirar asustado su ligera aunque dolorosa herida, y admitir con una especie de resignacion y despecto los halagos que al instante le prodigó Elisa, tan asustada como él.

Entretanto el gato se refugió bajo de una silla, y continuaba allí busfando y amenazando, y Toby le miraba colérico, pero guardando una respetuosa distancia. No fue aquel día muy larga su visita, sino que salió como una persona á quien se ha desairado, y que procura disimular su sentimiento.

Tampoco se presentó en todo el día siguiente, con gran pesadumbre é inquietud de la niña que pasó todo el día en el jardín llorando y llorando de despecho, y teniendo que acostarse sin haberle visto. El gato por su parte, como vencedor tomó posesion del jardín, y se puso á trepar por los árboles, á correr á lo largo de la tapia, y á tantear con la pata el barn de cascabeles que había llegada á ser el juguete predilecto de Toby. No solamente no se logró que el gato entrase de noche en casa, sino que me le vi á la mañana siguiente recorrer el terreno que había conquistado. A cosa de las nueve de la mañana él grandes maullidos, y corrí á ver lo que los ocasionaba. Toby había echado por encima al gato un pedazo de manta, le había envuelto en ella, y sujeto de esta manera, le apoyaba la cabeza contra la tapia, sin darsele cuidado de su furor y sus maullidos. Nunca hubiera creído que la fisonomía de un mono pudiese espresar una cólera tan terrible y feroz como la que se retrataba en sus facciones contraídas. Al fin cesó el gato de maullar, y no tuvo en sus manos Toby más que un cadáver. Entonces se detuvo, le puso en el suelo, le olió, le dió vueltas y examinó por mucho tiempo; después saltó la tapia, y no volvió á parecer en todo el día.

Semejante acto de venganza me hizo temer que algun día pudiese ser mi hijo blanco de ella, y decidido á coartar toda comunicacion entre ambos, cuando vi á Toby que saltaba al otro día la tapia, bajé al jardín y le hice señas de que no pasase de allí y se volviese por donde había venido. Toby se detuvo, y se puso á mirarme con una espresion de dolor que me conmovió. Después estuvo mirando á la ventana del cuarto de Elisa, y pasó todo el día sobre la tapia sin intentar venir á mi casa, pero sin querer tampoco alejarse.

Elisa intercedió por Toby, y habiéndolo consultado con mi mujer no creímos probable que un animal por lo comun tan manso, y tan arrepentido al parecer de un movimiento de cólera, hiciese mal á una criatura que le

quería, y se dió permiso á la niña para bajar al jardín. Lo hizo sin dar á entender mas objeto que el de regar algunas flores. Cuando la vió Toby manifestó la mayor conmoción; pero observando que ni siquiera levantaba ella la cabeza, cojió una fenta y se la echó á los pies. La niña siguió en su desprecio, y el mono no pudo ya contenerse; bajó por todo lo largo del emparrado, y se puso delante de Elisa que apartó á su vista el mayor miedo, dió algunos gritos, y se acojó á la casa: Toby quedó sorprendido, y corrieron gruesas lágrimas por su cara azul, que enjugó con el carpó de la mano como pudiera haberlo hecho un muchacho. Despues con aquella graciosa lenitud que es peculiar á esta clase de monos, y que tanto contraste forma con la grosera desvergüenza de otros animales de la misma especie, se alejó sin intentar aplacar mas la cólera de su tierna amiga.

Esta retirada trastornaba todo mi plan; pero á la mañana siguiente y mas temprano que lo regular vi al mono en el jardín, llamando á todas las ventanas con un afán y alegría poco comunes en él, porque aunque cariñoso, era de humor melancólico y de costumbres graves y fleumáticas. Como se tardaba en abrirle, escaló una ventana mal cerrada, le empujó y corrió á la alcova de Elisa que aun estaba en la cama. Puso delante de ella un hermoso gatito que habia ido á robar no sé donde, y permaneció allí inmovil, aguardando su perdón y una caricia.

No bastaria un tomo para referir todos los incidentes notables de la inteligencia de aquel animal. Cuando se le queria enseñar alguna cosa, ponía la mayor atencion en las lecciones, y le vi horas enteras estudiando una especie de cordoncillo que Elisa quiso enseñarle á tejer, y que no obstante ser muy complicado, lo llegó á hacer.

El cariño de Toby á Elisa presentó una prueba mas irrefragable con motivo de la enfermedad de esta. Triste y lánguida por algunos meses, vino á caer en el mayor abatimiento.

Nada podia sacarla de su estupor ni interesarla: ni las caricias de su madre, ni las mías ni los saltos de Toby podían arrancarla la mas leve sonrisa. El animal participaba de nuestro cuidado, y no se apartaba un instante de Elisa, y si iba á casa de su amo á ciertas horas acostumbradas, era para volver muy luego.

Pronto se declaró un sarampion, y hubo de guardar cama. Cuando Toby le vió acostada con el rostro encendido, los ojos inflamados y tan fuera de sí que ya no conocia á los que la rodeaban, se puso convulsivo. En seguida cogiendo una silla la llevó á la cabecera, y apoyando su mano y su cabeza en el borde de la cama, permaneció así cinco horas hasta que llegó la de volverse á casa de su amo, que conocia por la campana del reloj. A las siete se presentó otra vez, se colocó en el mismo sitio que habia escogido, y no le dejó hasta la mañana siguiente, adormeciéndose á ratos, pero abriendo los ojos al menor ruido. En los ocho dias en que la niña estuvo gravemente enferma, alternábamos su madre y yo el cuidado de velarla por las noches. Sucedió en una de estas que el sueño llegó á vencerme, y no sé los quejas de Elisa que pedía de beber. Sentí entonces que una mano me tiraba fuertemente de un brazo, y me restregaba la cara: era la del fiel é inteligente Toby que consiguió despertarme.

Elisa fue progresivamente mejorándose, no quedándola mas que una gran debilidad y una tosecilla que exigía no obstante precauciones. Toby recobró entonces su tranquila alegría, inventando mil juegos para distraer á su amiga, entre los cuales le vi calarse una papalina y echarse un chal en los hombros, corriendo así por toda la estancia, sin mas objeto al parecer que hacer que se riese la convaleciente. Si tosía, se acercaba con el mayor

interes é iba en busca de una cajita que contenia pastillas de goma arábica, y se las daba, sin rogar para sí una sola de ellas, á pesar de ser sumamente aficionado á golosinas.

Restablecida completamente mi hija y muy aliviada tambien mi esposa, nos era preciso volvernos á Inglaterra á donde me llamaban mis negocios. A sola la idea de separarse de Toby lloraba y se desconsolaba tanto Elisa, que como padre al fin y de una hija única, me resolví á hablar á mi vecino á quien no conocia, y proponerle que me vendiese un animal, del que no hacia al parecer gran caso, pues le dejaba vagar todo el dia.

Con gran sorpresa mia reconoci en el amo de Toby á mi antiguo amigo el lord ** que llevaba allí una vida aislada y misantrópica, consecuencia de repetidos sinsabores que habia experimentado. Contóme que Toby era su única compañía hacia cinco años, el modo con que de pequeño le cogió en Sumatra estando cazando; como le hizo criar por una negra, y la inteligencia que desde luego empezó á manifestar, la cual fue aumentando conforme crecia. Accedió sin embargo á mi propuesta y me dijo: «Toby es de vuestra hija puesto que se ha encariñado con ella; pero esperad un momento: es una cosa que se le debe hacer comprender al mismo.»

Diciendo así, se dirigió hácia el jardín y silbó de un modo particular, á cuya señal no tardó en presentarse Toby, manifestando cierta sorpresa de verme en casa de su amo, y permaneciendo cerca de la puerta como temeroso de que se le sacudiera. El lord ** tomó una cuerda, se la pasó al cuello de Toby que temblaba, y me dió á mí el otro cabo, y le hizo señas de que me siguiera y no volviese más á su casa. Toby vino á la mia triste y pensativo, pero no dió señal alguna de querer volver á la noche á su antigua morada.

No habiendo ya cosa que me detuviera en Niza, traté de embarcarme para Inglaterra. Cuando entramos á bordo Toby miró toda la jarcia como cosa que no le era desconocida, y cogiendo la punta de un cable trepó por él á la mayor altura del mastelero, divirtiéndose sumamente á toda la tripulación. Sin embargo no bien le llamó Elisa cuando bajó con la misma agilidad y se sentó tranquilamente á su lado.

Llegamos felizmente á Londres, donde Toby llamaba la atencion de todos los transeuntes, plantado perpetuamente en una ventana que daba al norte. Un dia que mas que nunca se habia agitado brincando y haciendo toda clase de evoluciones, llegó á sudar copiosamente á tiempo que el viento soplabá con fuerza, y se habia empezado á levantar una espesa niebla. Entró, pues, en la habitacion tosiendo y irritando de frito. En pocos dias se le agravó la tos acompañada de esputos sanguíneos. Llamé á un médico, y habiendo este mandado una sangría, Toby se prestó docilmente á una operacion tan nueva para él; se dejó vandar el brazo, lo presentó al cirujano, y apartó lánguidamente la cabeza cuando vió brillar la lanceta. Cuando se le picó dió un ligero grito, pero despues se puso á mirar como corria la sangre, dirijiendo alternativamente la vista desde la taza á su brazo. Concluida la operacion se arrojó como pudiera hacerlo una persona.

Algunos dias que experimentó de mejoras se anunciaron en toda la familia como la noticia mas satisfactoria, porque todos estimaban á aquel animal, por el agradecimiento que mostraba á cuantos le visitaban y los servicios que prestaba á todos los individuos de ella; pero fue una mejora ilusoria: continuó debilitándose progresivamente; estaba todo el dia echado junto á la chimenea, mostrándose insensible á todos menos á la presencia de Elisa. Si se apartaba de él, la buscaba arrastrán-

dose por toda la pieza y lloraba de pesar. Con estas tier-
nas escenas alternaban á veces otras muy risibles. Mandó
un día el médico que se le diese una lavativa, y Toby
estaba echado en la disposicion menos favorable para ad-
ministrársela. Se le quiso hacer que se volviera, pero á
la vista de la geringa se exasperó, quitósele de las ma-
nos al que la tenia, y lachando con él sacudió al man-
go del instrumento contra la pared. Sintióse inmediata-
mente mojada la cara con un chorro de agua tibia, y
saltó velozmente del lecho para refugiarse en un rincon
de la alcova tras de un taburete. Interpuse mi autoridad,
y logré que se aviniera á la operacion; pero haciendo
durante ella y despues los ademanes y gesticulaciones
mas graciosas.

No bastaron todos los cuidados para restituírle la sa-
lud. Una noche que nos hallábamos reunidos en el salon
el médico, mi esposa, Elisa y yo, y que se le habia pue-
sto en un camape junto á nosotros, le ví que se esfuerza-
ba para levantarse y que logró sentarse. Tendió á Elisa
su descarnada mano, le hizo seña de que se sentase, y se
pasó al derredor del cuello el brazo de la niña; enseñán-
dole despues su pecho, como para darle á entender los
cruelles dolores que le atormentaban, inclinó la cabeza
sobre el brazo y el hombro de su jóven ama. De repen-
te una convulsion general le hizo deslizarse de los brazos
de Elisa. Acudió el médico: Toby ya no existia.



(Esqueleto de Toby en el gabinete de Historia natural de Londres.)

Confieso que no pude contener mis lágrimas, y que mi mujer, el mismo médico y toda la familia entraron á la parte en mi dolor. Me he reído siempre de la ridícula pasión de muchas mujeres por sus perros y gatos; pero

en Toby creo que lloraba una pérdida mayor que la de un simple animal. Excepto el habla, tenía una razón mucho más perfecta que ciertos salvajes de la Nueva Holanda, y he conocido negros más estúpidos que él.

Los médicos y fisiólogos hicieron la autopsia del cuerpo de Toby y encontraron extrañas y nuevas relaciones entre la organización del mono y la del hombre. Yo me reservé la piel: el esqueleto le regalé al gabinete de historia natural de Londres. Excepto la longitud de los brazos y algunas partes del cráneo menos desarrolladas, presenta casi la misma forma que un esqueleto humano. Un naturalista hábil dió á la piel de Toby la actitud favorita que conservaba cuando comía, es decir, sentado, llevando los alimentos á la boca con una cuchara, y teniendo la escudilla entre los pies.

Escusado es decir la pesadumbre de Elisa. En el día ya muy adulta, no puede hacer mención de Toby sin que se le asomen las lágrimas.

LA MANIA DE DISPUTAR.

No hay punto sobre el que no se haya disputado, ni tiempo en que no haya habido disputas. Las ciencias, las artes, la literatura han dado abundantes materiales á tantos hombres que instigados por su vanidad han querido imponer á los demás el yugo de sus opiniones. ¡Ardua empresa!, porque el amor propio es un enemigo indomable y tenaz, que con dificultad abandona el campo, y que casi nunca se da por vencido. ¿Como, pues, hay hombre cuerdo que intente hacer que triunfen sus opiniones por medio de las disputas?

Apenas hay error que no haya tenido sus secuaces, apenas hay verdad que no haya encontrado antagonistas. Mil caminos conducen al error, uno solo á la verdad: ¿qué hombre sensato tendrá tan ciega y orgullosa confianza en sus ideas, que creyendo que solo en ellas se halla la verdad se decida á disputar por sostenerlas? Las opiniones cambian con el tiempo, y la diversidad de los pueblos muestra en una misma época opiniones totalmente contrarias. ¡Sal de tu rincón, obscuro disputador orgulloso!, viaja; y en la prodijiosa variedad que notes en las ideas de las naciones que existen, hallarás un poderoso correctivo á tu fatal manía. De este modo aprenderás á desconfiar de tus ideas, á ser tolerante, á no disputar. ¡Ojalá aprendieran este difícil arte tanto charlatán preciado de entendido, tanto insostenible semi-sábio, que de todo fallan con aire magistral, que sentencian sin apelación, que nada ignoran, que todo lo han leído, que están siempre dispuestos á tomar la palabra sobre cualquier asunto, y que se hallan prontos á contradecir á Martínez de la Rosa en punto á bellas letras, y á Lagasca en materia de botánica.

No hace mucho tiempo que vivía un disputador de esta especie. Era hombre sesudo, de talento y de mérito; pero deslucía estas buenas prendas con un defecto tan fatal. Si algún militar empezaba el relato de cualquier acción en que se hubiese hallado, le interrumpía al instante, y refería donde, como y contra quien se había dado la batalla. Hubiera contado la defensa de Gerona

estando Alvarez presente, y hubiera disputado con Castaños acerca de la batalla de Baylen. Su mejores amigos temían ir á visitarle, pues apenas los saludaba emprendía una nueva disputa, ó continuaba con más brío la que dejó pendiente. Ni bastaban á retraerle y corregirle, el silencio y el ceño con que los unos dejaban ver su enfado, ni la muda pero enérgica despedida de los otros, que por no injurjarle, se salían precipitadamente de la estancia, á desfogar su cólera, sin darle otra respuesta.

Un día vino á despedirse de él un vecino suyo asmático, diciéndole, «amigo mío, preciso es que cese nuestro trato, pues mi médico me lo prohíbe.» Sus sobrinos esperanzados de heredarle vieron al fin fallida su esperanza por no alcanzar su complacencia á tolerar tal manía. Por ella quedó su vejez desamparada. Por último, un día al salir de un sermón se le encendió calentura, de puro enojo de haber escuchado sin poder contradecir. Conservando su carácter hasta el fin, estaba ya casi espirando y hacia que disputasen el cura y el escribano. ¡Dios tenga su alma en el descanso en que á todos dejó su muerte, si es que no ha ido al otro mundo á disputar!

Al llegar aquí replicará acaso algún disputador; ¿pues qué, hemos de condenarnos al silencio dejando correr el error impunemente? ¿Es siempre una locura disputar? ¿No disputaba Sócrates hasta en los convites? ¿Acaso no resulta la verdad del choque de opiniones encontradas como sale el fuego del pedernal herido por el hierro? Fuerza es confesar que las disputas producen algún bien, pero este bien escaso está más que compensado por mil inconvenientes y daños. Cuanto más se disputa más se embrollan y oscurecen las cuestiones. Esto es lo común. Tan difícil es que un vizco pueda mirar derecho, como que rectifique sus errores quien vé las cosas de través. El amor propio no acierta á pronunciar esta frase, *no tengo razón, me equivoqué*, y hay pocos que la sepan apreciar. El viento se lleva nuestros gritos, y son vanos los esfuerzos que hacemos para persuadir á nuestros adversarios, conservando cada cual su opinión como antes de haber disputado. Aunque la verdad esté por nuestra parte, el decirlo no siempre es oportuno, y arguye poca razón el querer tenerla siempre.

A.

PENSAMIENTOS DE CIGERÓN.

Los reyes han sido establecidos para dictar buenas leyes, y los magistrados para hacerlas ejecutar. Un buen rey puede suplir las buenas leyes, pero nunca las mejores leyes á los buenos magistrados.

—La comunión de bienes establecida como ley precisa é indispensable es una quimera impracticable y más especialmente en una república de alguna estension: pues aunque es cierto que los sentimientos naturales de humanidad, las reflexiones acerca de nuestro interés, nuestras propias necesidades, todo en fin nos induzca á esta comunión, es sin embargo con la diferencia de que estos sentimientos provengan de nosotros mismos y de nuestra libre espontaneidad, pues nos parecería dura, odiosa é insostenible la ley que nos impusiese la forzosa obligación de hacer fondo común de todos los bienes.

—La probidad es necesaria á los hombres que viven en sociedad, porque de este modo pueden tratarse mutuamente con confianza; y lo es igualmente al hombre aislado y solitario, porque así puede vivir en paz consigo mismo.

—La verdadera honradez de las acciones del hombre consiste en las disposiciones á hacer bien cuando está seguro de que nadie lo ha de saber, y cuando tiene la certeza de poder hacer mal impunemente y sin que se descubra.

—La ambición es un vicio, contra el cual conviene oponer la experiencia y las reflexiones acerca de la suerte de los ambiciosos; pero cuidado con caer en la indiferencia por el bien público. Conviene no confundir nunca la pereza con la filosofía, y estar prontos á prestar estos servicios á la patria cuando se presenta la ocasion, sin olvidar jamas que se la debe servir por ella misma y no por interés personal.

—La honradez y la utilidad son el fundamento de todas las acciones.

LA CORDILLERA DE LOS ANDES.

Las montañas de la América meridional son un objeto importante para el estudio de la geografía, no solamente por su elevacion y las terribles y admirables escenas que ofrecen sus volcanes, sino por las minas y considerables riquezas que encierran en su seno.

La cordillera de los Andes se estiende por toda la parte española de la América meridional, que toma este nombre de la palabra *Anti*, que en lengua peruviana significa cobre, y fue dado en la antigüedad á una montaña inmediata á la ciudad del Cuzco. Por la parte de Quito es donde tienen su mayor altura; y desde el ecuador hasta dos grados al Sur se ramifican las cordilleras en varias llanuras que separan las montañas situadas en la cima de los Andes, y que por su situacion extraordinaria parecen islas cercadas de un oceano serco. Sus habitantes no se atreven á bajar á los países inmediatos, porque en ellos reina un calor bochornoso é insoportable, y ademas la subida les seria sumamente difícil, pues son casi impracticables los caminos trazados en aquellas montañas, que hacen mudar de color y temblar á los caminantes mas atrevidos. Las mulas de que estos se sirven, por la seguridad de su paso, y por lo bien enseñadas que estan, tienen que luchar no solo con los peligros del terreno, sino con el frío y el cansancio, de manera que á cada paso se encuentran huesos de las muchas que allí han perecido. Como las veredas que siguen la ladera de aquella montaña son tan estrechas que apenas caben los pies de las caballerías, parecen estas algunas veces como suspendidas sobre el río que corre impetuoso cincuenta ó sesenta toesas mas abajo, y otras se encuentran detenidas de repente por un precipicio de cien varas de profundidad, que salvan con increíble ligereza, llenando de admiracion á los viajeros que las observan.

El mayor Head en las notas de sus viajes á aquellos países dice lo siguiente. «Nuestras acémilas estaban ya dispuestas, y solo faltaban cargar las que habian de llevar el equipage; esta operacion es bastante curiosa y divertida. Sujeta la caballería con un lazo de correa, le tapan los ojos con un pañuelo, y le van colocando los fardos uno á uno atados fuertemente, de tal suerte que aunque quiera no se los pueda quitar, y luego la dejan libre, quitándole por supuesto la venda de los ojos. Entonces ella se incomoda y empieza á tirar voces y á valerse de todas sus mañas para arraucarse aquel peso que la incomoda; pero viendo que sus esfuerzos son inútiles, se calma poco á poco, y se para por último, como avergonzada, y dispuesta á obedecer á su dueño. Entonces echamos á andar; y durante nuestro viaje contemplabamos aquellas regiones de nieve que me parecia alcanzar con la mano. El bagagero me preguntó si queria acompañarle á pie para examinar detenidamente los sitios mas peligrosos del camino, antes que los pasaran nuestras mulas; seguíle en efecto y llegamos á uno de los desfiladeros mas estrechos, que estaba casi perpendicular y cubierto de piedras movilizas que las aguas habian traído allí, cuya anchura seria de dos pies, teniendo á un lado una roca gigantesca, y al otro un precipicio horrible, donde se perdía un impetuoso torrente. «Este es el paso mas peligroso para nuestras caballerías, dijo mi conductor: aquí han perecido mas de cuatrocientas, añadió, y nosotros probablemente perderemos alguna. Voy á bajar hasta el torrente á ver si puedo salvar á la que llegue á caer en él. Yo le acompañé tambien para ver aquella desgracia tan prevista. No tardó en llegar la recua, y vimos que la primera al llegar al sitio del peligro se paró como si examinase el parage en que se hallaba: era la bestia mas fuerte y la que mas carga llevaba. El arriero empezó á darle voces y á tirarle piedras para que no se detuviera. Entonces ella olió el camino como si quisiera taster su solidez, y adelantándose con precaucion, tocaba las piedras con las patas antes de fijarlas con seguridad; luego continuó su marcha, siguiéndola sus compañeras; pero una de ellas, que llevaba una gran bafija, y dos sacos de provisiones, dió con su carga en la roca, y viendo que perdía el equilibrio, hizo el incapie que pudo y se agarró con los dientes á la roca; mas no paró aquí su desgracia; porque la que venia detras le dió con la cabeza, y la precipitó en el abismo, y desapareciendo en el torrente. No dudabamos su muerte, cuando á pocos minutos vimos que una mula sola venia á incorporarse con la recua; era ella, y no tardó en reunirse á sus compañeras, pues no se habia hecho daño de consideracion.»

Los Andes de Quito forman la parte mas elevada de estas montañas. En el pequeño espacio, comprendido entre el ecuador y el primer grado, 45 minutos al Sur, hay cimas que se elevan 3000 toesas. Las tres principales son el *Chimbarazo*, que excederia en altura al Etna colocado sobre la cima del Canigon, ó al S. Gothard puesto sobre el pico de Tenerife; el *Cayambe* y el *An-*

¿sana. Las tradiciones de los indios de Lican nos aseguran con bastante certeza que la montaña del altar llamada por los antiguos indígenas *Capas-Ulco*, era en otro tiempo mas alta que el Chimborazo; pero que despues de una erupcion que duró ocho años, apagado el volcan, solo presenta su cima una superficie llana, y todas las señales de la destruccion. El Chimborazo, como el Monte Blanco en los Alpes forma la estremidad de un grupo colosal, y en 120 leguas al Sur ningun otro penetra en aquella helada region. Los misioneros que han recorrido los Andes, dicen que hay en ellos grandes árboles y hermosas praderas; pero esto es sin duda mucho mas abajo de las montañas. Las mas altas estan llenas de volcanes. En 1743 hubo una erupcion en la Nueva Granada, precedida algunos dias antes de un ruido espantoso. Abrióse una boca en la cima de una montaña, y otras tres en su falda que estaba cubierta de nieve, y derritiéndose y mezclándose con la ceniza convirtió toda la llanura desde Callao hasta Catacunga en un mar negro y cenagoso que arrebató y quitó la vida á gran número de personas. El rio de Catacunga fue el canal por donde corrieron las aguas, pero como este desahogo no las bastase, se esparramaron por el país habitado, y arrancaron los edificios, y cuanto se opuso á su paso. Esto solo fue preludio de otra erupcion mas terrible que estalló el día 10 de noviembre, con tal violencia que los habitantes tuvieron que fugarse precipitadamente. Una parte de la provincia quedó destruida en 1797. Cuarenta mil personas fueron víctimas de un terremoto, que alteró visiblemente el temperamento de Quito, y lo hizo mas frio de lo que era antes.

RETRATO DE JESUCRISTO.

Siendo gobernador de Judea Publio Léntulo, envió al Senado romano la siguiente noticia de Jesucristo cuando su fama principiaba á estenderse por toda la tierra.

«Aquí tenemos, (dice) un hombre de una virtud singular, que se llama JESUCRISTO: los judios le creen profeta, y sus discipulos le adoran como á descendiente de los dioses inmortales. Resucita los muertos y cura los enfermos con una palabra, ó con tocarlos solamente. Es de cumplida estatura, bien formado, y de un aspecto dulce y venerable á un tiempo. Su cabello es de un color que no se puede definir; dividido en dos partes, como lo llevan los Nazarenos cae formando graciosos bucles sobre los hombros y la espalda. Su frente es pura y espaciosa: sus mejillas delicadamente sonrosadas: sus nariz y su boca igualmente perfectas guardan admirable

simetria. La barba partida y bien poblada tendra una Pulgada de largo, de un color semejante al de los cabellos: sus ojos son brillantes, claros y serenos. Reprende con magestad, exhorta con dulzura, y todas sus acciones estan llenas de elegancia y gravedad. Jamas se le ha visto reir; pero ha llorado muchas veces: es afable, modesto y muy sábio; en fin es un hombre que por su estremada hermosura y sus perfecciones morales, es superior sin duda á todos los nacidos.»

FRAGMENTO.

Mujer! fueron los dias de mi gloria,
Los dias de mi bella libertad
Vagos ensueños de oriental historia,
Abril que ya se hundió en la eternidad.

Solo un recuerdo bello se levanta
Entre tinieblas húmedas y olvido,
Voz solitaria que apacible canta,
Cascada de dulcísimo ruido.

Día feliz de amor y de ignorancia
En que latió mi virgen corazon,
Puro como los juegos de la infancia,
Dulce como mi tímida pasion.

Día que vió un amargo desengaño
Rasgar cual hoja vana el porvenir;
Día de llanto y de dolor extraño,
Y que aun así no puedo maldecir.

Que tu figura á tan infausto día
Está mezclada blanca y celestial;
Espléndida de luz y de alegría,
Aerea, vaporosa y virginal.

Que todavía mis nublados ojos
Al mirar mi desierto abrasador,
Truecan en flores áridos abrojos
Y tegan las guirnaldas del amor.

¡Mujer! ¿solo te vi para perderte?
¿Es para tí mentida claridad
Esta pasion que se hundirá en la muerte,
Que verá la confusa eternidad?

¡Oh! morir sin llevar una esperanza,
Abandonar la vida, el aire, el sol,
Los azulados mares en bonanza,
Del occidente el mágico arrebol.

Temblar á tu desprecio y á tu olvido
Como palma que azota el huracan....
Tal miseria y dolor no has conocido
Pacífica doncella sin afan.

Angel puro, tu paz y tu contento
No han sucumbido al dardo del dolor,
Por mas que en alas del nocturno viento
Lleguen á tí los cantos de mi amor.

Mas los ángeles lloran en el cielo
Por el amor que muere sin laurel....
Si ha de pasar el mio sin consuelo
Vierte, hermosa, una lágrima por él!

Enrique Gil.